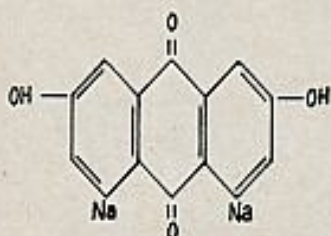


Quiero decir al citar estos fragmentos que quien los escribió conocía el lenguaje del oficio tecnocrático, sin duda. Un trabajo inmenso y paciente de refritos, glosas, fórmulas, teorías, proyectos, demostraciones, todo ello plagado de vaguedades y cosas burdas, pero también con cosas hábiles y brillantes, no es un asunto que se pueda tirar inmediatamente a la basura. Yo leo todos los días cosas mucho más aburridas y ganan premios.

Para broma, es mucha broma, treinta años escribiendo una enciclopedia que parece la historia de la anticencia terrestre. Si es una iniciativa de un grupo, como parece, se trata de un grupo bien dotado, con una notoria fuerza de voluntad y bastante dinero. No nos puede chocar que algunos vean la sempiterna y cochinita mano de la CIA detrás del sueño.

Bien. El caso es que aquí, en Alicante, desde donde escribo, están reunidos, por tercera vez en la historia del Caso Ummito, los que saben del asunto y reciben mensajes. Ya me dedicaré más despacio, la semana próxima, a darles mi opinión, pero algo hay que anticipar: todo lo que es misterioso es falso. Y todo lo que es muy emocionante, es vil, con la



Los ummitas han descubierto en sus cabellos una sustancia de la que dan incluso la fórmula (sobre estas líneas), sustancia que, según ellos, no aparece en el pelo de los humanos.

excepción del amor y de la muerte. Como ya dije aquí mil veces, nuestros tiempos son ideales para sustituir la información por la superstición y en el agujero cabe bien toda la mierda que los brujólogos nos están echando encima. Pero, por los clavos de Cristo, alguien tiene que haber escrito estas cartas durante los últimos treinta años. Lo que consiga averiguar, aquí quedará dicho y que los ummitas nos pillen confesados. ■

Gotas nada más

COMO está la cosa, tío!, me dijo Juan Luis, un ingeniero aeronáutico en paro que ejerce de pedicuro por libre en esta zona de la plaza de Santa Ana, Llovía sobre Madrid. Juan Luis se despojó de la zamarra, una piel algo fresca, reciente, todavía con trozos adheridos de carne, se metió en el bolsillo la cabeza del borrego sacrificado, que tenía los ojos abiertos como dos cónicas frías de cristal, y sacó del cabás sus ingredientes de pedicuro, a saber: una palangana

de plástico verde comprada al moro de Santa Ana; un paquetillo de hojas de afeitar La Moto, que sólo Dios sabe de dónde lo habría sacado; un tarro de potitos Bledine con alcohol de romero; una piedra pómez cuyas celdillas hacia años que habían cegado los callos de sus clientes; cinco metros de esparadrapo y un rollo de cuerda de yute. Juan Luis me pidió un vaso con un dedo de agua, y mientras afilaba las cuchillas frotándolas energicamente contra las paredes del vaso, se dispuso a explicar las razones que le habían llevado a proferir aquella rotunda exclamación. Por mi parte, no encontré apoyo dialéctico mayor que tenderle uno de mis pinreles desnudos, que él acogió como una madre en su apesotado regazo. Inclinado sobre él, con las sucias barbas haciéndome cosquillas en la pierna, Juan Luis habló primeramente, con tono conmisericordioso, del estado que presentaba mi pie, que tenía más ojos de gallo que dedos, de modo que algún ojo de gallo, con harta razón, había emigrado hacia la rodilla. Cuando asestó el primer golpe con la cuchilla, que hizo florecer entre los dedos un bello capullo de sangre, dijo por fin:

—Manín, tú lo conoces, abandonó a su mujer y a sus dos hijos.

—¿Qué edades tienen? —pregunté, mientras él limpiaba displicentemente la hojilla de afeitar ensangrentada en sus pantalones vaqueros.

—¿Y eso qué importa? —replicó Juan Luis, que tiene tres crios repartidos por Madrid: uno con una dependiente de Galerías, otro con una PNN de la Facultad de Políticas y un tercero, compartida la paternidad con un pintor de brocha gorda, con una prima lejana del conde de Romanones—. Los hijos siempre tienen edad para abandonarlos.

—¿Y bien?

—Manín se fue a vivir a Pozuelo con Mara, pero a los tres meses decidieron los dos, civilizadamente, que no estaban hechos el uno para el otro. Manín pasó una época malísima, y durante varias semanas vivió en Urgencias del Francisco Franco con una tía, médico, con la que había ligado en Macumba. Pero lo de Manín con Yulia, con esas comidas que dan en el hospital y el mosqueo del jefe del servicio, no podía durar, de modo que se enrolló con Tina, una chavala que anda por las Cavas vendiendo pliegos de poesía con Luisito Núñez "El Curro". "El Curro" le pasó los pliegos y Tina a Manín, pero vivir con una poeta, me dijo Manín, es insostenible. Me lo contaba delante de Luchi, en un desván de la plaza del Carmen, y mientras Luchi bajaba a la calle Montera en busca de clientes, me confesó Manín que ya estaba de la tía hasta el mismísimo culo. Temía, además, que le hubiera contagiado, porque sentía, dijo Manín, un picor del copón en la entrepierna. "¡Bah!, ladillas" —le dije yo, y le acosté en las ingles el sapo que utilizó para hacer la prueba del embarazo en el barrio.

—¿El sapo?

—A mi sapo le gustan las ladillas más que el maní —me aclaró Juan Luis—. Mi sapo te deja la zona limpia de parásitos en un instante, incluso de caracoles, si los tienes, pero los escorcores que produce pueden ser de pronóstico reservado. Como éste era el caso, Manín fue a ver a su hermano mayor. "¿Dónde está Piluca?", dice el Manín que preguntó al entrar. "¿Qué Piluca?", contestó su hermano, que es médico-fontanero y

fuma Montecristos del número cinco. A Manín dice él, le recorrió un escalofrío. "¿Qué Piluca va a ser? Tu mujer, coño!". El otro, el hermano, le dijo, echando una bocanada de humo al techo: "No seas antiguo —contó Manín que le dijo el tío, un carrozón como de treinta años—. Ahora vivo con Diana". Y salió la Diana; jo, macho (no muevas el pie, que me las piro y no largo el resto), una tía cuajada, de tercero de BUP, que se había hartado del enrollado de los padres y se había marchado a vivir con el hermano. Con el hermano de Manín, claro. ¡Deja el pie

(De la serie "El consultorio inmoral de Aristides Schiavo")
ANTON AMARGO

quieto, leche! ¡Pues sí que te asusta a ti la sangre! —exclamó Juan Luis, haciéndome un torniquete a la altura del tobillo—. O sea que va el hermano y le dice al Manín que si no tendrá un hueco en Madrid para llevarse a Diana. "¡Hostia!", dice Manín, y no sabiendo ya qué hacer, se marcha a Atocha, a casa de los padres, a morir como los elefantes, y se encuentra el siguiente cuadro: a la criada moviendo el culo por el pasillo y cantando el "No más lágrimas", de la Donna Summer y Barbra, ya sabes; a su madre, a la vieja de Manín, sentada en el bidé, haciendo solitarios en la tapa del retrete, con las colillas de seis paquetes de tabaco tiradas por el suelo.

Juan Luis tomó otra excelente cuchilla La Moto, me asió el dedo meñique y lo miró con ternura, como Abraham debió de mirar a Isaac; luego añadió:

—Llega el Manín y le pregunta a su vieja: "¿Dónde está mi padre?"; la vieja alza los ojos vitreos, de muerta, y dice roncamente: "Esecc...". Y Manín se va pensativo al salón. Qué rollo, piensa, y se encuentra al padre agarrado a la botella; los ojos fijos, sin pestañear, en la pantalla de la "tele", en la que ha terminado el comecocos del día y lleva horas con esas rayas y puntos que te hacen lija los ojos. "¿Qué pasa?", y como su padre ni siquiera le mira, Manín llama a la tía, a la criada, a quien se le notan las ganas de dejar las cosas claras con los hijos. "¡Calla, Anita —dice el viejo—, que lo nuestro ya está en manos de los abogados!". Manín huye de la casa, qué podía hacer el tío. Y hasta ahí, todo correcto, todo en orden: Manín es un tronco cojonudo, un tipo que se lo monta bien, y punto. Pero ¿qué dirás que hace el Manín? A Manín le entra la neura, y a los dos meses le da un repente y decide volver con su mujer —esa chavala de Letras con la que se casó en los Jerónimos—, y el otro día se lo encuentra mi compañera en el Retiro paseando con ella y con los niños. Pero, bueno, tío, te pregunto yo: esto qué es, a dónde vamos a llegar? —dice Juan Luis, asestando un corte rabioso—. ¡Volver con su mujer! ¡Esto es la hostia, de verdad, tío!

Y Juan Luis me hace un atado con la cuerda de yute para intentar ligarme el dedo ensangrentado que ha recogido del fondo de la palangana. ■